LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 » trimestre.
6 » semestre.
11 » año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I — MADRID — NÚM. 7

28 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

ADVERTENCIA

A todos los que se suscriban, remitiremos desde luego los números publicados.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Monumento á Giffard.—Pepito Arriola.—Noticias varias.

Se acaba de inaugurar en el edificio de la Sociedad de Ingenieros civiles, en París, un monumento elevado á la memoria del ingeniero Henri Giffard.

Giffard fué uno de los primeros que se han ocupado con gran acierto de la navegación aérea. En 1843 hizo una ascensión en un globo provisto, por primera vez, de un motor de vapor que accionaba sobre una hélice. Más adelante se ocupó de perfeccionar las calderas de vapor é inventó el inyectador que lleva su nombre y es unirvesalmente conocido.

El proyecto es obra del malogrado escultor Massoulle, y los trabajos para la ejecución del monumento se han hecho bajo la dirección de MM. Courtars, miembro del Instituto, y Delmas, arquitecto, habiendo sido colocado en el gran salón de sesiones de la Sociedad de Ingenieros civiles.

El monumento, que es de mármol blanco, figura un muro de sillería, y apoyado en una moldura que sobresale está el busto de Giffard; sentado en la misma moldura hay un genio alado, y en la parte baja del pedestal una mujer desnuda, colocada en una actitud admirable volviendo el rostro hacia Giffard, resultando así simbolizado, con una armonía sencillísima, el genio del inventor animando á la materia.

***

El prodigioso músico español Pepito Arriola será recibido uno de estos días por el emperador Guillermo, que le ha invitado á tocar ante su corte.

La importante revista de Berlín *Ilustrirte Zeitung*, ha publicado un artículo dedicado á elogiar las extraordinarias aptitudes del portentoso artista.

El articulista compara á Pepito Arriola con Medelssonh, Rubistein, Litz y D'Alberth, que del mismo modo que nuestro precoz compatriota, causaban la admiración en Leipzig á la edad de siete años.

La opinión de su maestro Arturo Nikisch la ha publicado toda la prensa europea, y es la siguiente:

«El pequeño Pepito Arriola es un niño maravilloso, ante cuyo talento musical queda el observador como ante un enigma. No se sabe qué admirar más en él, si su memoria fenomenal, su encantador sentimiento artístico, ó su extraordinario talento para idear y componer; de él puede esperarse algo muy grande y admirable.»

Pepito Arriola vendrá á Madrid la primavera próxima, acompañado de su profesor Nikisch.

***

El Círculo de Bellas Artes ha abierto un concurso para premiar un cartel anunciador del baile de máscaras que dicho Círculo celebra todos los años.

Seguramente resultará muy interesante la exposición que se celebrará con los carteles que se presenten, pues son muchos los artistas que preparan trabajos para el citado concurso.

***

También proyecta el referido Círculo celebrar en la próxima primavera una importante exposición en el Palacio de Cristal.

J. Martín Ruiz.

LA LUZ ELÉCTRICA

Siempre que se nos presente ocasión de poder dar á nuestros lectores algún consejo saludable de los que pueden redundar en beneficio de sus intereses, hemos de hacerlo así, seguros de cumplir con uno de nuestros más ineludibles deberes.

Y consejos ventajosísimos y convenientes encierra para el comercio en general un notable artículo que días pasados hemos visto inserto en el bien acreditado diario inglés *Lancet*, á propósito de la luz eléctrica y de sus aplicaciones en los establecimientos comerciales.

Refiérese principalmente aquel meditado y concienzudo trabajo á estudiar las lámparas eléctricas de incandescencia, y tiene por objeto hacer atinadísimas observaciones á los industriales y comerciantes acerca del empleo de las mismas, avisándoles de varios peligros.

Fíjase, en primer término, en uno de los errores de que generalmente participa el comercio en todos los países y que conviene desechar, y es el de creer que las lámparas eléctricas de incandescencia desarrollan muy escaso calor, lo que hace que descuidadamente se las deje arder en almacenes y en escaparates al lado muchas veces de materias fácilmente combustibles y, hasta en algunos casos, de materias inflamables.

A este fin conviene recordar que esta lámpara eléctrica es un aparato que convierte una forma de energía en otra, transformando la electricidad en luz; pero hay que no olvidarse de que en esta lámpara solo un **6 por 100** de la energía que representa la corriente se transforma en luz y *el resto en calor*.

Es exacto que la cantidad de calórico que da el filamento puesto incandescente al salir á través del cristal de la bomba es muy inferior á la que produce un mechero de gas; pero en ocasiones es más que suficiente para incendiar un papel, una madera ó una tela. Este peligro tiene más de cierto, por desgracia, que de imaginario.

Tomando por base la creencia completamente equivocada de que no pueden prender fuego, se las coloca, ya en los escaparates de las tiendas, entre telas y encajes, ya como sistema de alumbrado, ya como adorno ó decoración, y en los grandes almacenes de tejidos y sedas, sin reparar en su proximidad á los géneros, y esto es tan peligroso que puede acarrear muy graves siniestros y pérdidas de consideración á los comerciantes, á los almacenistas y á los industriales, como lo demuestran las varias experiencias hechas por el *Lancet* y de que da cuenta el diario de Londres.

Hé aquí algunas de ellas: una lámpara incandescente de 16 bujías que funciona á una tensión de 100 voltios, sumergida en 3 litros de agua, hace que ésta rompa á hervir en el transcurso de una hora.

Si esta misma lámpara se envuelve con algodón, éste se tuesta y acaba por inflamarse, haciendo en ocasiones estallar la lámpara con una mediana detonación.

Una lámpara análoga enciende en breve tiempo—de treinta á cuarenta segundos como máximum—una cerilla fosfórica.

Otros muchos ejemplos podrían citarse, pero basta para convencerse de ello con lo dicho y con rodear uno mismo con su mano la pera de vidrio que forma el exterior de una de estas lámparas cuando están en-

NUESTRAS ESCRITORAS



Doña Emilia Pardo Bazán

trigo, etc. || for. La masa común de diezmos, la herencia indivisa.

Acescencia, f. Acritud, estado de las sustancias agrias, predisposición á agriarse.

Acescente, adj. Lo que está en disposición de agriarse.

Acese, m. Mineral que sirve para soldar.

Acesio, m. Mit. Sobrenombre de Apolo.

Acesis, f. ant. Curación.

Aceso, m. Mit. El aire purificado por influencia del sol ó de Apolo.

Acesta, f. Geogr. Ciudad de Sicilia.

Acestes, m. Mit. Rey de Sicilia, hijo del río Crinizo y de Egesta.

Acestor, m. Mit. Sobrenombre de Apolo, considerado como dios de la medicina.

Acestoris, f. Nombre que los griegos daban á la comadrona.

Acetabulado, da, adj. Hist. Nat. En forma de copa.

Acetabularia, f. Zool. Género de pólipos en forma de paraguas.

Acetabulariado, da, adj. Hist. Nat. Parecido á una acetabularia.

Acetato, m. Sal formada por una base y el ácido acético.

Aceto, ta, adj. ant. Acepto.

Acetosa, f. Acedera || Hierba.

Acetosidad, f. ant. Calidad de lo acetoso.

Acetosilla, f. Acederilla || Planta.

Acetoso, sa, adj. ant. Acido.

Acetre, m. Pequeño caldero destinado á sacar agua de los pozos. Más comunmente se dice del que se usa en las iglesias para las aspersiones || El monaguillo que lleva el agua bendita en las procesiones || ant. Hisopo de agua bendita.

Acetrería, f. ant. Cetrería.

Acetrero, m. ant. Halconero.

Acetuna, ant. V. Aceituna.

Acevilado, da, adj. ant. Envilecido, abatido.

Acevilar, ant. v. Envilecer.

Acezar, n. ant. Jadear.

Acezo, m. ant. Jadeo || Resuello, respiración.

Acezoso, sa, adj. ant. Aquel que respira con dificultad, fatigosamente.

Acia, v. Hacia.

Aciago, ga, adj. Cosa ó noticia desagradable, infausta || Suceso de mal agüero, infeliz || ant. Azar.

Acial, m. Palo fuerte de media vara de largo con un agujero en su extremidad, donde se atan los extremos de una cuerda en que se mete la parte superior del hocico de las bestias, y retorciéndole se las tiene sujetas para herrarlas ó curarlas.

Acianos, m. Planta || Estrellamar ó escobilla.

Aciar, m. ant. Acial.

Acíbar, m. Zumo amargo que se saca de la planta acíbar || Planta zabila, zabida || Disgusto, amargura.

Acibarar, a. Echar en alguna cosa acíbar || Poner amarga una cosa || Dar una noticia y decir una frase intencionada que cause disgusto, pesar, desazón || Amargar, desazonar.

Acibanar, a. ant. Arrojar violentamente una cosa contra otra.

Acicalado, da, adj. Adornado || Muy terso, muy bruñido || Aquel que se arregla, se compone y cuida mucho de su persona || Engalanado || El que aparece vestido cuidadosamente || Pulcro, aseado.

Acicalador, ra, m. y f. Persona que acicala á otra || Instrumento con que se bruñe, se acicala.

Acicaladura, f. Acción y efecto de acicalar.

Acicalamiento, m. Acicaladura.

Acicalar, a. Limpiar con esmero || Arreglar cuidadosamente y con coquetería una cosa || Adornar con afectación el rostro, el peinado, el vestido, etc.

Acicate, m. Espuela para montar á la jineta, que consta de una sola punta de hierro, y en ella un botón á cierta distancia para impedir que entre toda la punta cuando se pica al caballo || fig. Móvil que impulsa á obrar en un sentido determinado.

Acicatear, a. Picar al caballo, clavarle en los ijares el acicate || Arrastra, compelir, impulsar || Animar, coadyuvar ó decidir á otro para que tome acción ó ejecute un acto.

en que los pastores guardan el aceite || Pequeña vasija para contener el aceite necesario para el uso diario || Vasija que contiene aceite para limpieza de tornillos, engranes, ruedas y las varias piezas de una máquina || Coleóptero de más de 25 mm. de largo, negro y con rayas encarnadas transversales, parecido á la cantárida, y de la que se distingue por sus élitros cortos y no tener alas membranosas. Sirve en veterinaria para preparar vejigatorios.

Aceitería, f. Tienda destinada á la venta de aceite || Oficio del que vende aceite.

Aceitero, ra, adj. Perteneciente al aceite || m. El que se dedica á la venta de aceite || Cuerno donde guardan los pastores el aceite.

Aceitón, m. Aceite gordo y turbio || Enfermedad del olivo, producida por la picadura de insectos y extravasación da la savia.

Aceitoso, sa, adj. Lo que tiene aceite || Lo que tiene mucho aceite || Con jugo y crasitud como el aceite || Semejante al aceite || Grasiento.

Aceituna, f. Fruto del olivo.

Aceitunado, da, adj. De color de aceituna || Semejante á la aceituna.

Aceitunero, ra, m. y f. La persona que recoge ó acarrea la aceituna || El que se dedica á la venta de la aceituna || Sitio en que se coloca ó amontona la aceituna después de la recolección, hasta que se lleva á moler.

Aceituní, m. Tela muy rica traída del Oriente y de uso muy común en la Edad Media || Labor usada en edificios árabes.

Aceitunil, adj. De color de aceituna.

Aceitunillo, m. Arbol de las Antillas de fruto venenoso, y cuya madera, muy dura, se emplea en construcciones.

Aceituno, m. Arbol de la familia de las oliáceas, tronco corto, grueso y torcido, copa ancha y ramosa, de 4 ó 5 metros de altura, hojas persistentes, coriáceas, opuestas, elípticas, enteras, estrechas, puntiagudas, verdes y lustrosas por el haz y blanquecinas por el envés; flores blancas, pequeñas, en ramitos axilares y por fruto la aceituna, drupa ovoide, de sabor muy amargo, color verde amarillento, morado en algunas variedades y con un hueso grande y duro que encierra la semilla. Originario de Oriente y cultivado en España para sacar de su fruto el aceite común || Aceitunillo.

Acelajarse, r. Mar. Cubrirse la atmósfera de celajes.

Aceleración, f. Acción y efecto de acelerar || Aumento de velocidad, apresuramiento.

Aceleradamente, adv. De prisa, con aceleración, velozmente, con apresuramiento.

Aceleradas, f. pl. Carruajes de transporte, menos rápidos que las diligencias y más que las galeras.

Acelerado, da, adj. Precipitado, apresurado.

Acelerador, ra, m. y f. El que acelera.

Aceleramiento, m. Aceleración, apresuramiento, precipitación.

Acelerar, a. Apresurar, precipitar, aumentar la velocidad || Abreviar, aligerar || Anticipar, adelantar, hacer alguna cosa con prontitud.

Acelerarse, r. Apresurarse, darse prisa, anticiparse.

Aceleratriz, adj. f. Que acelera || Fís. Fuerza que da movimiento progresivo á los cuerpos.

Acelga, f. Bot. Hortaliza muy conocida.

Acelia, f. Zool. Género de insectos dípteros

Acelídeo, adj. Semejante á la acelia.

Acemafor, m. Quím.

Acémala, f. Quím. Minio ó cinabrio.

Acemasor, m. Min. Cinabrio natural.

Acémila, f. Bestia de carga. En general se da este nombre á los mulos y mulas || Tributo, impuesto sobre las caballerías de carga.

Acemilar, adj. Lo que pertenece á las bestias de carga y al que las conduce.

Acemilería, f. Cuadras propias de las acémilas || El sitio donde se colocan sus arneses || Empleo del oficial del palacio encargado de cuidar de las acémilas.

Acemilero, adj. El que tiene á su cargo el cuidado de las acémilas || Muletero, conductor de mulas.

Acemita, f. Pan de salvado y harina.

Acemite, m. Salvado con un poco de harina. || Potaje hecho con trigo tostado y á medio moler.

cendidas. Habrá muy pocas personas que resistan su temperatura durante largo rato.

Debe, pues, creerse y repetirse que estas luces son tan peligrosas como todas, y que pueden ocasionar incendios, debiéndoselas prudentemente separar de las materias de fácil combustión, como son la mayor parte de las mercancías que existen en las tiendas.

Puesta en contacto una de estas lámparas—dice el *Lancet*, y es cosa demostrada—con cualquier objeto de celuloide, lo inflama á los cuatro minutos, cosa que no hay que olvidar, pues hoy son muchos los objetos que el comercio expende hechos de celuloide, y especialmente en los bazares de juguetes para niños es fácil ver, cerca de globos de esta materia, arder estas luces.

Ya lo saben, pues, nuestros comerciantes, industriales y almacenistas. Vivan prevenidos contra la luz eléctrica de incandescencia, y no tengan que lamentar algún día las consecuencias de una errónea y equivocada confianza.

DOCTOR TRAVELLER.

BIOGRAFÍA

CLAUDIO COELLO

Nació en Madrid en 1621, y según algunos de sus historiadores en 1630.

Su padre, D. Faustino Coello, descendiente de noble familia portuguesa, las necesidades le obligaron á ejercer de broncista y procuró dar á su hijo una educación artística con objeto de dedicarlo á su profesión; pero admirado el célebre pintor Ricci de las aficiones de Claudio por el dibujo, se lo llevó á su casa, en donde al poco tiempo pintó su primer cuadro con destino al altar mayor de las monjas de San Plácido.

Conquistada su celebridad por los numerosos trabajos que hizo para las iglesias del Rosario, San Martín, Santo Tomás, San Ginés y San Andrés de esta corte, pasó á Zaragoza, donde alcanzó el honor, hasta entonces no concedido á nadie, de que el arzobispo le autorizara para retratar á la Virgen del Pilar, y dió pruebas de su saber dejando muchas producciones, entre las que se cuenta una magnífica en el Colegio de Santo Tomás.

Como Ricci y Carreño á su muerte dejaron sin terminar el cuadro de la colocación de la Santa Forma, que se destinaba á la sacristía del Monasterio de El Escorial, fué llamado Coello para que lo terminara; pero enemigo de adaptarse méritos ajenos, hizo de nuevo la composición é ideando poner los retratos del Rey y de los principales señores de la corte. Este trabajo, que sin disputa es uno de los más notables de este pintor, alcanzó celebridad en su época y continúa admirándose en la actual.

Carlos II le nombró pintor de Cámara; pero como su carácter no se doblegaba á las ceremonias y enredos de los cortesanos, sufrió muchos disgustos y desprecios que le ocasionaron su muerte el día 20 de Abril de 1693.

En Madrid pueden admirarse de este célebre artista el cuadro que representa la *Conversión de San Francisco*, que está en la iglesia de San Isidro, y varios de escenas sagradas en el Museo Nacional de Pinturas.

ADOLFO POLUE.

ACADEMIA DE MEDICINA

CONCURSO DE PREMIOS

Para el año actual ha anunciado los siguientes:

Premio de la Academia.—I. Patogenia, diagnóstico, terapéutica y profilaxis de la angina de pecho.—II. Valor de los Sanatorios marítimos en la profilaxis de la tuberculosis. Para cada uno se concederá, si há lugar, un *premio* consistente en 750 pesetas, medalla de oro, diploma especial y título de socio corresponsal; un *accésit*, con medalla de plata y título de corresponsal, y una *mención honorífica*, con diploma. Las Memorias, escritas en español, francés ó latín, se admitirán hasta el día 30 de Junio de 1904, en el local de la Academia.

Premio Rubio: 1.200 pesetas al autor de la obra original de Ciencias médicas, de mérito sobresaliente, publicada en 1901 ó 1902; se podrán presentar hasta el 31 de Diciembre de 1903.

Premio Calvo Martín: 375 pesetas y un diploma especial á un médico de partido que asista á pobres y cuya consignación no pase de 1.000 pesetas, debiendo estar casado y con hijos. Los aspirantes presentarán además una Memoria que no baje de 30 páginas, dando noticia de alguna epidemia ó de las enfermedades más notables á que hayan asistido con abnegación y espíritu de caridad, certificando sobre estas cualidades el alcalde y el párroco. El plazo termina en 30 de Noviembre de 1903.

RETAZOS

Á UN FALSO AMIGO

(SONETO)

A fe que tu maldad me deja ileso,
y tu ingrata conducta no me altera;
pero, á no haberlo visto, no creyera
proceder tan indigno y tan avieso.
Pequé de confiado, lo confieso,
al ofrecerte mi amistad sincera;
pero acabo de ver de qué manera
de mi bondad castigas el exceso.
No temas mi venganza ni mi encono;
herido y ultrajado te perdono,
pero más falsedades no transijo.
¿Qué merece una acción tan depravada?
El desprecio, el olvido, y luego nada.
¡No haría más un padre por un hijo!

FRANCISCO CAPELLA.

***

MEDITACIÓN

Molécula á molécula agrupada:
terrón sobre terrón:
capa á capa se va formando un monte
por justa posición.

Así va progresando poco á poco
la calumnia mordaz,
y llega grano á grano y capa á capa
sus montes á formar.

Para las duras moles de granito
que el tiempo hace crecer,
hay brazos y constancia y duro hierro
que las llega á romper.

¡Para las negras moles que con llanto
la calumnia amasó,
no hay palas, ni piquetas, ni barrenos,
sino el juicio de Dios!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

RECETAS ÚTILES

Diez cosas que deben saberse.

1.ª La sal hace cortar la leche; por consiguiente, al preparar condimentos ó sales, es conveniente no agregarla sino al fin de la preparación.

2.ª El agua hirviendo quita la mayor parte de las manchas de fruta; se vierte el agua hirviendo, como á través de un cedazo, á fin de no humedecer más género que el necesario.

3.ª El jugo del tomate maduro quita el azúcar y las manchas del moho, del lienzo y las manos.

4.ª Una cucharada de sopa de esencia de trementina, agregada á la legía, ayuda poderosamente á blanquear el lienzo.

5.ª El almidón cocido se mejora mucho con la adición de un poco de goma arábiga ó de blanco de ballena.

6.ª La cera amarilla y la sal limpiarán y pulirán como cristal el hierro más oxidado. Se envuelve un pedazo de cera en un trapo y se frota con éste el hierro calentado; después con papel espolvoreado con sal.

7.ª Una solución de ungüento mercurial en la misma cantidad de petróleo, constituye el mejor remedio contra las chinches. Se aplica sobre las tablas del catre ó de la habitación.

8.ª El petróleo suaviza el cuero de los zapatos ú otro cualquiera endurecido por la humedad, y le pone flexible y blando como si fuese nuevo.

9.ª El petróleo hace brillar como plata los utensilios de estaño; basta verterlo en un trapo de lana y frotar el metal. El petróleo quita también las manchas de los muebles barnizados.

10.ª El agua fría de lluvia y un poco de soda quitan la grasa de cualquier género que pueda lavarse.

PASATIEMPOS

CONCIERTO GEOGRÁFICO

. . * . . Población andaluza.
. . * . . Ciudad de Bohemia.
. . * . . Idem de Italia.
. . * . . Idem de Portugal.
. . * . . Idem de Francia.
. . * . . Región de España.
. . * . . Isla filipina.

Leyéndose horizontalmente lo que á la derecha se expresa, resultará en la línea vertical de estrellas una provincia de España.

M. PÉREZ DE OLAVERA.

CHARADA

Primera-segunda, río,
mi *tercera* musical,
dos repetida, novela,
y cámara mi *total*.

S. BENITO.

Solución á la anterior: **Parapeto.**

ESTAFETA

Villafranca del Panadss.—D. N. G.—Recibida L. G. abonado hasta 15 Abril. Los gastos de giro de cuenta del suscriptor; no significa nada entre todos; para uno es mucho.

Bolea.—D. S. P.—Abonado 15 Abril. Servido.

Badajoz.—D. E. J.—Abonado 15 Abril.

Alesanco.—D. M. V.—Idem. íd.

Jerez.—D. G. de P.—Anotadas y servidas. Mil gracias.

Tarragona.—D. J. G. B.—Abonados ambos hasta 15 Abril. Se estaban sirviendo á Zaragoza por ser la letra ininteligible.

Ezcaray.—D. A. B.—Abonado 15 Abril.

Huercal-Overa.—D. J. G. J.—Recibidas 10 pesetas. Conformes.

Arjona.—D. C. V.—Servidas las seis, y conforme con carta-orden.

Andújar.—D. B. A.—Creo ya en su poder carta remitida sobre el particular.

Don Benito.—D. S. G.—Van los números. Respecto al pago, como á ellos les parezca mejor. Nos es lo mismo.

Cuenca.—D. P. V.—Abonado 15 Enero 904. Por carta detalles.

Avila.—D. F. S.—Se servirán las cuatro.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

Acena, Zool. Género de insectos lepidópteros nocturnos || Bot. Planta de la familia de las rosáceas.

Acendrado, adj. Purificado por el fuego. || Puro, intenso.

Acendrar, a. Clarificar, afinar, purificar por el fuego || Limpiar, dejar sin mancha, sin defecto.

Acendria, f. Bot. Sandía.

Acenefa, f. ant. Cenefa, bordado || Márgenes de un río.

Acensar, a. Dar ó tomar á censo.

Acensuar, Acensar, dar ó tomar á censo.

Acento, m. Modulación de la voz humana que se eleva ó baja en ciertas sílabas y les presta mayor ó menor intensidad, de donde resulta esa variedad que no es sencillamente accesoria, sino que constituye uno de sus elementos fundamentales, tan necesario como el mismo sonido. || Acento gramatical. Es el que establece una diferencia en la pronunciación de las sílabas, ó de las palabras, consideradas en sí mismas || Tono, entonación, inflexión que da á las palabras ó frases un carácter representativo de la pasión ó modo de ser que se quiere expresar || Acento provincial ó extranjero, modo defectuoso de pronunciar, debido á la diferencia de sonidos entre los idiomas ó dialectos || Gram. La coma ó vírgula que se coloca sobre determinadas sílabas, para indicar que debe apoyarse la voz en ellas.

Acentuación, f. Sistema de reglas para acentuar las palabras, acto y efecto de acentuar.

Acentuado, da, adj. Con acento.

Acentuar, a. Colocar el acento sobre las sílabas, darles la entonación conveniente || Marcar, llamar la atención, recalcar una frase ó palabra para hacer notar el sentido que quiere dársele | Dib. Acentuar una línea, un rasgo, hacerle más visible, más llamativo || Dar expresión.

Aceña, f. Molino de agua.

Aceñero, m. Molinero.

Acepar, n. Arraigar, echar raíces.

Acepción, f. Gram. Sentido de una palabra || Acepción de personas, preferencia, distinción de personas.

Acepilladura, f. Acción y efecto de acepillar.

Acepillar, a. Limpiar, restregar con el cepillo, frotar || Suavizar, bruñir, pulir.

Aceptable, adj. Lo que se puede aceptar, lo que es digno de ser aceptado.

Aceptablemente, adv. Con aceptación.

Aceptación, f. Acción y efecto de aceptar || Admisión, aprobación || Com. Nota que se suscribe por el librado en las letras ó giros reconociendo la validez del documento y obligándose á retirarlo á su vencimiento.

Aceptador, ra, m. y f. El que acepta.

Aceptante, m. Aceptador, el que acepta.

Aceptar, a. Admitir, recibir, aprobar, reconocer || Com. Suscribir la aceptación en los giros.

Aceptilación, f. jur. Abolición de una deuda por renuncia del acreedor.

Acepto, adj. Agradable, recibido con placer, bienvenido.

Acequia, f. Canal, conducto artificial por donde se lleva el agua para el riego.

Acequiado, m. Lugar en que existen acequias.

Acequiador, m. El que construye acequias.

Acequiar, a. Hacer acequias.

Acequiero, m. El que cuida de las acequias.

Acera, f. El sitio de la calle contiguo á los edificios, reservado para el tránsito de las personas || Cada una de las dos hileras de casas que forman la calle.

Aceráceas, f. Bot. Familia de plantas cuyo tipo es el arce.

Aceración, f. Conversión del hierro en acero.

Acerado, da, adj. Semejante al acero, de gran dureza || De color plomizo.

Acerar, a. Añadir acero al hierro para hacerle más cortante || Mezclar aguas y licores con la tintura de acero ó meterlo encendido en agua || ant. Fortalecer.

Acerarse, r. Adquirir las propiedades del acero.

Aceras, f. Bot. Género de plantas de la familia de las orquídeas.

Aceratas, m. pl. Bot. Familia de plantas de la división de las asclepiáceas.

Acerbamente, adv. Con aspereza, con amargura.

Acerbidad, f. Calidad de acerbo || anticuado Crueldad, rigor.

Acerbo, ba, adj. Aspero, agrio, amargo || Cruel, rigoroso, desapacible.

Acerca, adv. Cerca || *Acerca de*, preposición, con referencia á la cosa de que se trata.

Acercado, a, p. p. de acercar.

Acercamiento, m. Acción y efecto de acercar.

Acercanza, f. ant. Cercanía.

Acercar, a. Poner una cosa cerca de otra, aproximar.

Acercarse, r. Aproximarse, ponerse cerca.

Ácere, m. Bot. Arce.

Áceres, Zool. Género de insectos coleópteros pentámeros lamelicórneos.

Acerenza, f. Aqueroncia.

Acerico, m. Almohadilla que sirve para clavar los alfileres || Almohada pequeña que se coloca sobre las otras grandes de la cama para mayor comodidad.

Acéride, m. Med. Nombre con que Galeno designaba un emplasto en cuya composición no entraba la cera.

Aceríneas, Bot. Familia de plantas polipétalas y de cálices hipoginios.

Acerino, na, adj. Poét. Lo hecho de acero, lo que pertenece al acero.

Acerita, f. Quím. Principio ó sustancia del acebuche.

Acernadado, da, p. p. de acernadar.

Acernadar a. Cubrir con cernada alguna cosa.

Acero, m. Hierro combinado con carbón por medio del fuego, con lo que adquiere una dureza especial || Se dice metafóricamente por arma blanca, especialmente por la espada || pl. metaf. Brío, denuedo, valor || pl. metaf. fam. Ganas de comer || Zool. Insectos que carecen de antenas y moluscos sin tentáculos.

Acerola, f. Bot. La fruta del acerolo, de sabor agrio.

Acerolado, da, adj. Parecido á la acerola.

Acerolar, m. Sitio lleno de acerolos.

Acerolo, m. Bot. Arbol de flores blancas y hojas recortadas || Su madera es muy usada para la construcción de muebles.

Acerones, Bot. Planta anua, de flor pequeña y amarilla.

Aceroso, sa, adj. ant. Aspero, picante, agrio.

Acerra, f. Vaso en que los romanos conservaban el incienso destinado á los sacrificios || Altar en que se quemaba el incienso junto á las tumbas.

Acerrador, m. Germ. Criado de justicia.

Acerrar, a. Germ. Coger, asir, agarrar, sujetar.

Acérrimamente, adv. Con mucha fuerza ó tesón.

Acérrimo, ma, adj. sup. Muy fuerte, muy vigoroso, tenaz.

Acerrojar, a. ant. Aherrojar, sujetar con hierros.

Acersécomo, adj. Mit. Sobrenombre de Apolo || Nombre que daban los griegos al que no tenía barba y llevaba el pelo largo || Joven favorito.

Acertable, adj. Lo que se puede acertar.

Acertadamente, adv. Con acierto.

Acertado, da, p. p. de acertar || Bueno, perfecto.

Acertajo, m. fam. Acertijo.

Acertar, a. Atinar, dar en el sitio adonde se dirige una cosa, encontrar, hallar || Hacer con acierto alguna cosa || Adivinar.

Acertarse, r. Hallarse presente á alguna cosa.

Acertijo, m. Enigma que en la conversación familiar se propone para entretenerse en descifrarlo.

Aceruelo, m. Albardilla usada por los ingleses para montar.

Acervar, a. ant. Reunir, amontonar.

Acervo, m. Montón de cosas pequeñas, como

de amor, cuando tan libre (¡ay, Dios!) vivía,
tampoco no ignoraba,
que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.
Quiere á Nise en buen hora,
pero déjame á mí morir.

ESCENA XI

CELIA.—LAURA

CEL. Señora.
LAUR. Celia, ¿qué hay?
CEL. Que he hecho
mi papel, y sospecho
que no muy mal; ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba
á un recado, y que acaso
pasando por su calle, aunque de paso,
le quise ver. Con un suspiro entonces,
que ablandara los mármoles y bronces,
me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecíle luego
tu enojo, y que si acaso tú supieras
que le había ido á ver, muerte me dieras;
y como que salía
de mí, le dije: por qué no venía
por instantes á darte
satisfacciones y desenojarte.
Dijo, que porque estabas
tal, que no le escuchabas;
díjele que viniera;
que yo, aunque á tanto riesgo me pusiera,
hasta tu mismo cuarto le entraría,
con tal que no dijese en algún día

CEL. Pues vente agora conmigo;
yo haré una seña si sale
mi señor, y dejaré
la puerta abierta; tú entrarte
hasta su cuarto podrás.
FÉL. Dasme nuevo aliento, dasme
nueva vida.
CEL. Aquesta es
la hora mejor; mas no aguardes,
vente tras mí.
FÉL. Tras tí voy..
CEL. *(Ap.)* ¡Ay bobillos, y qué fácil
á la casa de su dama
es de llevar un amante!
(*Vanse D. Félix y Celia.*)

ESCENA VIII

MARCELA, SILVIA (*Salen.*)

MARC. ¡Yo salí de lindo susto!
SIL. Pues ¿cómo afirmas que sales,
si luego han de verse, y luego
proseguirá el cuento?
MARC. Antes
lo habré remediado.
SILV. ¿Cómo?
MARC. Escribiéndole que calle
hasta que se vea conmigo,
y esto ha de ser esta tarde.
SIL. ¿Declarada por quién eres?
MARC. ¡Jesús, el cielo me guarde!
SILV. ¿Pues qué has de hacer?
MARC. ¿No es mi hermano

—dijo con voz apagada y bañados en llanto los ojos.—
Yo misma la recogí al salir de la herida mortal, cuando disfrazada me puse á su lado y le vi morir en medio de los dolores que por Jesucristo padecía.

Contemplo la dama un instante, enternecida, aquella reliquia preciosa, la besó con fervor, y sus lágrimas, cayendo sobre ella, la volvieron á humedecer y la hicieron recobrar la apariencia primitiva, como si la sangre que contenía acabara de brotar entonces de corazón del mártir.

La santa matrona la aproximó á los trémulos labios del joven, á quien el santificante contacto enrojeció. Íntimamente conmovido por los afectos del hijo cristiano, veneró la sagrada reliquia y sintió como si el espíritu de su padre le hubiese penetrado y agitado hasta lo más profundo del corazón para que el fluido que contenía corriese más libremente. Pareciole que toda la familia se hallaba otra vez reunida. Lucía cocó el tesoro en su relicario y lo colgó al cuello de su hijo, y le dijo:

—Cuando vuelva á ser humedecido, que sea por un manantial más noble que los ojos de una débil mujer.

Estas palabras debieron sin duda resonar en el cielo, y el futuro campeón fué ungido y el futuro mártir consagrado con la sangre del padre mezclada á las lágrimas de la madre.

sima hierba, que volvía á nacer bajo las huellas, y el fresco perfume de las hierbas, de los hongos y de las caídas hojas, daba en aquel sitio la sensación característica de los lugares húmedos y umbrosos. Pero también allí, bajo el cielo cada vez más puro, bajo las clarísimas estrellas, parecía sentirse en toda su plenitud la primavera.

Mateo atravesó el sendero y se dirigió en derechura á un banco de piedra, sentado en el cual, ya había pasado muchas veces largas y serenas horas; allí quería morir precisamente. Pero, al final de la senda, advirtió dormido en el banco á un niño.

—¡A estas horas! ¿Cómo puede ser?—se preguntó asombrado.

Se acercó poco á poco, inclinándose para ver mejor. El niño, cuyos años no pasarían de cuatro, estaba sumido en un dulce abandono, con las pierecitas colgando, las manitas caídas sobre el asiento y la cabecita reclinada sobre el pecho. Era un moreníto precioso, vestido sencillamente; llevaba zapatitos blancos, calcetines negros, pantalonicitos bordados y un delantal azul. La luna lo iluminaba por completo dando un vago reflejo á sus negros y lucientes cabellos y tiñendo de marmóreo candor sus menudas regordetas y mónimas. Mateo lo contempló largo rato conteniendo la respiración para no despertarlo; y mientras se sentía contrariado por el gracioso obstáculo que de improviso surgía entre él y la muerte, experimentaba una ternura estática contemplándolo.

falsa posición simple y doble, y que él llama *reglas de Elcalaino*.

No se necesitaba para perfeccionar la Aritmética sino el modo de hacer sencillos todos estos métodos, lo que los matemáticos hicièron después insensiblemente. Los más hábiles de ellos, variando las diversas reglas ó invenciones de esta parte de las Matemáticas, han formado otras distintas clases de Aritméticas.

Por los años de 1460, un hábil matemático llamado *Juan Muller* y conocido con el nombre de *Regio Montano*, natural de Könisberg, en Franconia, introdujo en las Matemáticas un modo de excusar los inconvenientes de las fracciones ó números quebrados, sirviéndose de fracciones de décimas, centésimas, milésimas partes que él llamó *Aritmética decimal*. Su fin se dirigía solo á hacer más fácil con esta invención el cálculo de las tablas logarítmicas. *Simón Stevin*, matemático acreditado, recomienda mucho este método, particularmente á los astrónomos, geómetras y arqueadores; pero la experiencia ha hecho ver que solo es verdaderamente útil para los cálculos de Geometría, en que sirve mucho para la extracción de raíces cuadradas y cúbicas.

Apenas apareció la Aritmética decimal, cuando el barón *Neper*, escocés, publicó una nueva Aritmética con el título de *Rabdología;* consiste ésta en hacer los cálculos con unos palitos en forma de pirámides rectangulares, que en cada lado tienen una parte del *aba-*

BIBLIOTECA NACIONAL

Repitiendo estos caracteres formaban números compuestos: II valía 2, ΔΔ 20, ΔΔΔ 30, etc.

Los romanos imitaron á los griegos, sirviéndose también de los caracteres de su alfabeto mezclados con algunos signos particulares. Con una sola línea I señalaban la unidad, con dos líneas puestas en cruz X diez, y partiendo este carácter por medio formaban el de la V que significa cinco; la letra C ó el carácter [expresa ciento, y la mitad de este carácter que forma esta figura L, cincuenta; M significa mil; por último, juntando y repitiendo estos caracteres, expresaban los números mayores, como se puede ver en la tabla siguiente:

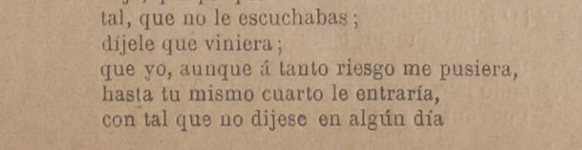
Caracteres romanos.	Caracteres comunes.
I	1
V	5
X	10
L	50
C	100
D ó IↃ	500
M ó CIↃ	1000
IↃↃ	5000
CCIↃↃ	10000
IↃↃↃ	50000
CCCIↃↃↃ	100000
DM	500000
X-MM	1000000

vera; la misteriosa alegría de los crepúsculos del mes de Mayo se agitaba en torno.

Mateo, con plena conciencia de lo que iba á ejecutar, sentía aquel sopio suave de vida y experimentaba el inmenso dolor de no poder gozar más de la suya. Comprendía que iba á morir inoportunamente, y para sustraerse á esta postrer ironía del destino, que colmaba la medida de sus pasados sufrimientos, apresuró el paso.

Solo él caminaba por las afueras de la ciudad en la noche aquella; su sombra le precedía mostrándole casi el siniestro camino. Cuando llegó al bosque, el lucero, como una perla, se ocultaba tras de una ligera rama, cuyas líndas hojas se distinguían perfectamente diburjadas en el espacio. Vió Mateo este espectáculo, y no pudo contener un angustioso movimiento; desde su juventud primera, llena de dorados ensueños, había contemplado con más deleite los ocasos de Venus que los del sol y de la luna, y este último ocaso en aquella noche fatal, con preferencia á otra cualquier cosa, le evocaba en un momento todos los recuerdos más caros de su vida.

Entró en el bosquecillo por un sendero recto y angosto que la luna iluminaba casi verticalmente; no se movía ni una hoja; se erguían las ramas rígidas, inmóviles, en la transparencia purísima del aire como dormidas en un sueño de inefable dulzura; los rayos de la luna pasaban suavemente á su través, yendo á pintar argentados haces sobre la fini-



CAPÍTULO IV

La familia de gentiles.

En tanto que pasaban las escenas que hemos bosquejado en los tres capítulos anteriores, acontecía una muy diversa en otra casa situada en el valle que separa el Quirinal de las colinas Esquilinas. Pertenecía ésta á Fabio, romano del orden de los caballeros, cuya familia había acumulado inmensas sumas por medio del arrendamiento de las rentas de las provincias asiáticas.

Esta casa era más vasta y más suntuosa que la que hemos visitado. Contenía un tercer peristilo ó patio rodeado de vastas habitaciones, y además de varias obras maestras del arte europeo abundaba en las más raras producciones del Oriente.

Los pisos estaban cubiertos con alfombras de Persia y los muebles forrados, unos de seda de la China,

Estos caracteres se usaron mucho tiempo y todavía nos valemos de ellos; con todo eso, en el siglo IX introdujeron los árabes los que ellos habían adoptado de los indianos, y son los mismos de que hoy nos servimos comunmente. Estos caracteres, hasta el número de diez, vinieron primeramente á España con los sarracenos. Un monje, llamado *Gilberto*, que después fue Papa con el nombre de *Silvestre II*, los dió á conocer á los franceses. No se sabe con puntualidad lo que dió motivo al descubrimiento de estos caracteres; todo se reduce á conjeturas, pero la más verosímil es la siguiente:

No hay duda que la unidad se significaba con una línea pequeña perpendicular; dos líneas puestas horizontalmente indicaban el número 2; y tres puestas del mismo modo formaban el 3; y de aquí resultaron estos tres caracteres I = ☰. Uniendo estas últimas líneas para hacer más sencillo cada carácter, resultaron los caracteres *I*, **ϟ**, á los cuales dieron esta forma 2. 3, más hermosa; el cuarto carácter se formaba de cuatro líneas, las que unieron para que ocupasen menos espacio; al principio era una †, de que después han hecho un 4.

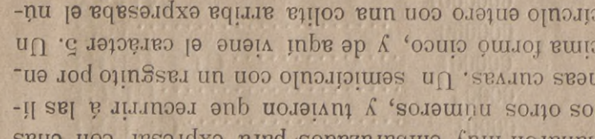
Empleando líneas rectas para formar caracteres se hallaron muy embarazados para expresar con ellas los otros números, y tuvieron que recurrir á las líneas curvas. Un semicírculo con un rasguito por encima formó cinco, y de aquí viene el carácter 5. Un círculo entero con una colita arriba expresaba el nú-

mero seis, de donde se formó el carácter 6. Trastornando este carácter y abriendo el círculo se hizo de él el número siete 7. Dos círculos unidos dieron el número ocho, formándolos de esta manera 8. Ultimamente, trastornando el carácter del número seis, se hizo el carácter 9, que expresó el número nueve.

Estos caracteres se parecían en su origen algo á los caracteres griegos, y conforme se ha ido perfeccionando el arte de escribir, fueron adquiriendo la figura que tienen hoy. En tiempo de *Plamudes*, autor griego, que vivía en el siglo XIV, tenían una figura muy semejante á la de algunos caracteres griegos.

Aunque este autor solo cuenta nueve caracteres, los indianos y los árabes se servían de uno más, que era un cero, que expresaban con la figura de un círculo; pero como no le atribuían valor ninguno, creyeron que tampoco le debían contar en la clase de los caracteres de los números; llamábanle *cifra*, palabra que significa *nada*, y de aquí viene la palabra genérica *cifra* que se dió después á los caracteres árabes, que son los que usamos hoy.

El uso de estos caracteres tan sencillos facilitó sobremanera las operaciones de la Aritmética, y esta facilidad abrió camino á nuevos artificios en el cálculo. El año de 1520, *Lucas del Burgo del Santo Sepulcro* trajo estos artificios del Oriente y los publicó en el año de 1523 en un libro que compuso, intitulado *De Summa Arithmetica, ac Geometria*. Entre las novedades que contiene este libro se distinguen las reglas de la



EL NIÑO PERDIDO

El Sr. D. Mateo Morys había decidido suicidarse en un bosquecillo próximo á la ciudad.

Hecho el testamento en el cual dejaba heredera de cuantos objetos se encontrasen en su casa á la vieja criada, y en el que legaba todo su patrimonio á un hospital, se dirigió una noche hacia el sitio funesto donde pensaba poner fin á sus días. Encaminándose por las calles más solitarias, se encontró bien pronto fuera de la población. Era una noche espléndida de otoño; la luna en creciente, brillaba en lo más alto de la celeste bóveda, y, frente á Mateo, sobre la línea negra del bosquecillo que cerraba el glauco y luminoso horizonte, el brillantísimo lucero vespertino declinaba. Era templado el aire, y en su puro ambiente vibraban vagos y lejanos rumores; parecía una noche de prima-

¿Quién era aquel niño? ¿Por qué dormía allí á tales horas? ¿Era un niño perdido ú olvidado? ¿Estaba solo? ¿Quiénes otros había en el bosquecillo en hora tan extraordinaria?

Mateo aguzó el oído, escuchó, tendió en derredor la mirada, queriendo sondear con ella la profundidad misteriosa de los senderos y de los claros del bosquecillo, iluminados por la luna: nada, nadie. ¿Qué hacer? ¿Irse á otro lado para morir de todos modos, no obstante la presencia del niño? No, no era humanamente posible; el disparo despertaría á la pobre criaturita y, ella quizás fuera la primera en descubrir el cadáver caliente del suicida. Esto era sencillamente cruel, y, además, la curiosidad de saber por qué estaba allí el niño, el instinto de velar su inocente sueño, había subyugado el alma de Mateo. Y á la postre, morir una hora antes ó una hora después, ó aguardar al día siguiente, ¿qué importaba?

Bien merecía la pena el prolongar un poco su agonía, con tal de cumplir una buena obra, velando al infantil durmiente.

Se sentó ligeramente sobre el banco, á la sombra de una rama, atento aún al más leve rumor y mirando al niño. Las manitas llamaban principalmente su atención; debían estar frías, muy frías, aquellas manitas de dedos cortos y torneados. El deseo de tocarlas y de estrecharlas entre su diestra se apoderaba de Mateo, pero le detenía el temor de despertar al chiquillo.

Mientras tanto, pasaban las horas; nadie se dejaba

otros de telas de distintos y bonitos colores tejidas en Babilonia, y otros, en fin, de brocados bordados en India y en Frigia. Esparcidas por todas partes lucían también varias curiosidades en marfil y en diversos metales que se suponían labrados por los habitantes de islas situadas allende los mares de la India, de aspecto monstruoso y fabuloso origen.

Fabio, el dueño único no solo de estos tesoros, sino de dilatadas haciendas, era el verdadero tipo del romano buen vividor, dispuesto á gozar ampliamente de esta vida, pues jamás había ni aun soñado que pudiese existir otra. Aunque en nada creía, no por eso dejaba de venerar como una formalidad corriente, en ocasiones que lo requerían, á la divinidad que estaba de turno, y pasaba por hombre tan bueno como el que más, sin que nadie tuviese derecho de exigirle otra cosa.

La mayor parte del día la consumía en algunos de los vastos establecimientos de baños, los cuales encerraban en su recinto no solo éstos, sino lo que equivaldría á nuestros clubs, casinos, casas de juego, juego de pelota y gimnasios. Allí tomaba su baño, charlaba, leía y mataba el tiempo, si no es que de vez en cuando solía ir á holgazanear al foro para oir perorar á algún orador ó argüir á algún abogado célebre, ó entraba al paso en uno de los muchos jardines frecuentados por la gente de viso de Roma. Después regresaba á su casa, donde le aguardaba diariamente una cena opípara, á la cual concurrían muchos huéspedes preveni-

impetre para mí, no nombradía, ni distinciones, ni riquezas, ni goces mundanos, sino que la única cosa que de él queda en este mundo sea empleada en lo que estoy seguro que considera el más útil y honroso emplearla!

—Y ¿qué cosa es esa, hijo mío?

—Su sangre—respondió el joven—que todavía circula por mis venas, y solo por ellas. Estoy convencido de que debe desear que *esa sangre*, como la que por las suyas circulaba, se vierta también por amor á su Redentor y en testimonio de su fe.

—Basta, basta, hijo mío—exclamó la madre agitada por una santa emoción.—Quítate del cuello ese símbolo de la juventud, porque te guardo otra insignia mejor.

Pancracio obedeció y se descolgó la *bulla* de oro.

—Has heredado de tu padre—siguió diciendo la madre en tono aún más solemne—nobleza, posición elevada, opulencia y cuantas ventajas ofrece el mundo. Pero de tu herencia he puesto á un lado un tesoro hasta que te hicieses acreedor á él. Lo he escondido de tí hasta ahora, aunque le aprecio en mucho más que oro y joyas; ya es tiempo de que te lo devuelva.

Y diciendo así, se quitó con trémula mano la cadena del cuello, de la cual pendía un saquito ricamente bordado, salpicado de piedras preciosas. Abrióle, y extrajo de él un pedazo de esponja seca, pero muy manchada.

—Esta también, Pancracio, es la sangre de tu padre

de Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he de declararme
con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el más extraño lance
de amor, porque yo ilegida...
Pero no quiero contarte,
que no tendrá después gusto
el paso, contado antes. (*Vanse.*)

Casa de Fabio

ESCENA IX

LAURA, FABIO

FAB. Notable es la tristeza
que el rostelar turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos días,
que entregada (¡ay de mí!) á melancolías
tales, á todas horas
triste suspiras y rendida lloras?

LAUR. Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal (*Ap.* á Dios pluguiera
no lo supiera tanto),
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces el sabella
el primer aforismo de vencella.
Pero la pena mía
es, señor, natural melancolía,
y así el efecto hace,
sin que llegue á saber de lo que nace,
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolía y la tristeza.

FAB. No sé lo que te diga
sino que á tanto tu dolor obliga,
que rigoroso y fuerte,
padeces tú el dolor, y yo la muerte;
pues ya vivir no espero,
mientras tan triste á ti te considero. (*Vase.*)

ESCENA X

LAURA

¿Qué haré yo, que rendida,
á pesar de mi vida,
vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Mas bien se deja ver que estos son celos,
porque una ardiente rabia
que el sentimiento agravia,
que la razón admira,
un compuesto veneno
de que el pecho está lleno,
una templada furia
que el corazón injuria,
¿qué aspid, qué monstruo, qué animal, qué fiera,
fuera; ¡ay, Dios! que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos,
la hidra de los celos?
Pues ellos solos son á quien los mira,
furia, rabia, veneno, injuria é ira.
¡Oh, quién antes supiera
aquella voluntad, Félix, primera,
tuya, que no ompeiara
tanto la mía, que hasta el fin llegara!
Pues aunque no sabía